

«No olvidaré nunca aquella tarde...»

Peter-Hans Kolvenbach*

RECUERDO que recibí la noticia del asesinato de los jesuitas en El Salvador una tarde que ya nunca olvidaré. Me sentí profundamente emocionado. Recé, pero también tenía que actuar inmediatamente. Fui a la Santa Sede ya que conocíamos los nombres de otras personas que figuraban en la lista de los señalados por los militares para ser eliminados y era absolutamente necesario activar contactos diplomáticos para evitar otras matanzas.

La noche en que fueron asesinados los jesuitas, las guerrillas habían tomado prácticamente la ciudad. El ejército creyó que debía tomar medidas extremas y radicales. Una de ellas era la de proteger a su pueblo y otra la de erradicar, como ellos señalaron, a los dirigentes de la guerrilla. Los jesuitas no pertenecían a las guerrillas, pero durante años y años habían venido trabajando como un grupo intelectual que promovía la justicia en El Salvador

* El Superior General de los jesuitas llevaba seis años en el cargo cuando se cometieron los asesinatos en la UCA de El Salvador. El texto del P. Kolvenbach es un fragmento de una entrevista publicada en italiano. Reproducimos este testimonio como recuerdo y homenaje a los «mártires de la UCA», al cumplir el 10 aniversario de su muerte (N. de la R.).

para ayudar a que los pobres salieran de su miseria. A los militares esto les parecía motivo suficiente para considerarles como «muy peligrosos». También los jesuitas tenían bastante contacto con la guerrilla, dentro y fuera de El Salvador, y además estaban en contacto permanente con el Presidente de El Salvador y ministros del gobierno. Intentaron llevar a las dos partes a un acuerdo. Sin embargo, el ejército consideró esta acción sumamente peligrosa. A veces tratar con los mediadores resulta incluso más difícil que tratar con radicales.

Y éste es el motivo por el cual fueron asesinados. Resulta algo extraño que unos jesuitas, que sabían que sus vidas estaban en juego, no vieran que esto podría ocurrir. Conocían al detalle la situación del país; con frecuencia hablaban por radio o televisión como analistas de esta situación, pero no llegaron a prever, aun cuando estaban muy próximos a los cuarteles mayores de los militares, que esto podría pasar. Los asesinos llegaron como ladrones en la noche.

Debo decir que los asesinatos no me sorprendieron. Pero creo ciertamente que, si miramos hacia atrás en este caso, apreciaremos que la fuente, la motivación, la fuerza de cuanto ocurrió no era ni política ni ideología; era el deseo de vivir de verdad el Evangelio. Aquí había unas personas que tomaron el Evangelio del Señor como algo real y, lo mismo que el Señor, alzaron su voz en defensa del pobre. Actuaron no por motivaciones políticas o ideológicas. Se habían hecho conscientes de que uno no puede llamarse cristiano si no toma parte en la preferencia de Cristo por los pobres.

Les visité pocos meses antes de que fueran asesinados y en la visita compartimos muchas cosas. Les dije que algunos padres de alumnos nuestros en los colegios jesuitas en América me habían preguntado muchas veces: «Padre, ¿por qué los jesuitas de hoy ya no son como los jesuitas de antes? Hay tantos que son comunistas o izquierdistas...». En nuestra reunión les presenté esta pregunta a los jesuitas en la Universidad Centroamericana (UCA). Cuando les dije: «Al parecer, todos ustedes son marxistas o comunistas», se sonrieron. Y el P. Ellacuría dijo: «¿Cree usted que nosotros daríamos nuestra vida por Marx y sus teorías? Somos compañeros de Jesús y éste es el misterio de nuestra vida».

Sabían lo que podía pasar, pero lo aceptaron como parte de lo que significa vivir como compañeros de Jesús, viviendo con Él el misterio pascual. Cuando una vez hablé con ellos acerca de si sería mejor que abandonaran el país, me dijeron: «¿Abandonó usted el Líbano durante la guerra civil? No. No lo hizo. No es propio de nuestra espiritualidad abandonar al pueblo precisamente cuando la situación se hace difícil o incluso peligrosa».

Y ciertamente era una época peligrosa en América Latina. El asesinato del P. Rutilio Grande en 1977 fue un primer aviso. Y el asesinato en 1980 de monseñor Romero, que se comprometió con la causa de los pobres en el funeral del P. Grande, fue la repetición del aviso de que, en esta guerra entre el «establishment» por un lado y la Iglesia y los pobres por otro, no habría restricción ni limitación alguna.

El asesinato de estos jesuitas fue, en cierto modo, el último acto. Produjo un impacto fuerte dentro de la nación y también en el ámbito internacional. Obligó a unos y a otros, de ambos lados, a reunirse. Los asesinatos de estos mártires fueron el inicio del proceso de paz, una reconciliación que, aunque frágil, es real.